

Las relaciones de Argentina y Chile con China y el Sudeste de Asia: Intereses, modelos de desarrollo y estrategias de inserción

M. Florencia Rubiolo y Paola A. Baroni

Introducción

El fin de la Guerra Fría marca la emergencia de un sistema internacional multilateral y una desconcentración del poder, pasándose a una visión multipolar del orden. La democracia y el capitalismo seguirán siendo procesos dominantes, pero se presentarán con variaciones, algunas considerables, tanto en la esfera política como económica (Soares de Lima & Milani, 2016). El crecimiento del multipolarismo y de los actores no estatales con diversos grados de poder e influencia, ampliaron tanto los riesgos como las oportunidades para los Estados (Paradiso, 2002).

En este sentido, las múltiples polaridades del sistema internacional, dio espacio al surgimiento de las potencias emergentes —como China, India y Brasil— y a la posibilidad de aumentar significativamente su ámbito de acción, como así también el de los Estados intermedios (Giaccaglia, 2010; Russell & Tokatlián, 2013), como los latinoamericanos.

La tendencia del traslado del centro del sistema internacional de Occidente a Oriente se da frente al surgimiento de China, los Estados del Sudeste Asiático¹ (SEA) e India como los actores más dinámicos de la economía global. Este proceso de redistribución gradual y decisivo del poder ha estado marcado primero por la dinámica del crecimiento demográfico asiático, luego por el impacto a nivel sistémico de los eventos que suceden en esta región, y por último, por el crecimiento

¹ La región del SEA está constituida por: Tailandia, Camboya, Myanmar, Malasia, Laos, Vietnam, Indonesia, Brunéi, Timor Oriental, Singapur y Filipinas.

económico, junto a la capacidad científica, tecnológica y productiva de Asia (Tokatlián, 2009).

Teniendo en cuenta este contexto, los Estados se enfrentan en la actualidad a múltiples desafíos, tanto en la esfera interna como externa de su accionar. El aumento de la interdependencia económica, financiera y comunicacional debido a la globalización llevó a un incremento de la desigualdad a nivel mundial, ya sea intra-Estado como entre Estados. De esta forma, el sistema internacional se caracterizó por ser desigual, con vínculos asimétricos y marcados por un orden jerárquico (Jiménez, 2007).

A comienzos del siglo XXI, entonces, los Estados de la región latinoamericana se encontraron, por un lado, con diversos retos y por el otro, con un mayor margen de permisividad debido a una menor presión de los países más poderosos, sobre todo por el alejamiento relativo de los Estados Unidos (EUA) de la región². Esto, les permitió implementar una política exterior de corte más autonomista (Jiménez, 2007), diversificando los puntos de apoyo a nivel externo. De esta forma, buscaron mejorar su inserción internacional y atenuar los efectos negativos del sistema internacional a través de la diversificación de socios y la atracción de inversiones, con el fin último de contribuir a alcanzar los diversos objetivos nacionales.

Así, la conjugación de condiciones domésticas, de un inestable contexto económico internacional y de una creciente competencia entre países en desarrollo por cuotas de mercado e inversiones, favoreció la aproximación de América del Sur hacia China y, en menor medida, hacia las principales economías del SEA.

El supuesto del presente trabajo es que estas vinculaciones han estado guiadas por los objetivos nacionales de los Estados sudamericanos vinculados a su modelo de desarrollo. Las motivaciones internas de los Estados de la región se vinculan de manera estrecha con las condiciones de subdesarrollo acercándolos también a las realidades que enfrentan las diversas sociedades del Sur Global. El desarrollo

² Los ataques terroristas de 2001 en los EUA produjeron un cambio en la agenda internacional hacia los temas de seguridad y defensa, y esto llevó a su alejamiento relativo de América Latina, y a nuevas prioridades estratégicas centradas en Medio Oriente y Asia Central (Soares de Lima & Milani, 2016).

como objetivo se constituye no sólo en una motivación económica y política de los Estados en cuestión, sino también en una responsabilidad ética de los gobiernos hacia sus comunidades domésticas. En este sentido, “desde un enfoque multidimensional, el desarrollo incluye aquello que en conjunto hace que las personas vivan no solo sin pobreza, sino también en un entorno que garantice su participación en un sistema democrático y la plena vigencia de los derechos humanos” (Sotillo Lorenzo, 2015, p. 13). De aquí se desprende un eje central de vinculación entre la ética en política exterior y el desarrollo como un derecho en el que el Estado debe tener un rol de garante.

No es posible comprender las políticas exteriores, intereses y estrategias del mundo en desarrollo en su proyección internacional sin analizar las condiciones de subdesarrollo que se constituyen en la base de naturaleza multidimensional de su comportamiento.

En esta línea, Van Klaveren (1992) sostiene que el desarrollo es el imperativo doméstico que tiene peso determinante en las decisiones externas de los Estados latinoamericanos, tanto a nivel económico como político. Coleman & Quirós-Varela (1981) sugieren que, en Latinoamérica, la política exterior de los países es realizada en función de las necesidades de la política de desarrollo para lograr la transformación económica nacional (citado en Hey & Mora, 2003). El hecho que la mayoría de los Estados de la región tienen aún elevados niveles de pobreza, lleva a que el tema de desarrollo siga siendo crucial en la agenda de la política exterior.

Para este trabajo se tomaron como casos de estudio Argentina y Chile ya que representan dos modelos de desarrollo diferentes y han optado por estrategias de inserción internacional y políticas exteriores diferenciadas, lo cual llevó a una vinculación con características disímiles con la región asiática. Por un lado, el país andino apostó a un modelo de desarrollo neoliberal, con una estructura productiva fuertemente orientada hacia el sector primario (extractivismo), y una estrategia de inserción internacional basada en el regionalismo abierto que generó una densa red de tratados de libre comercio (TLC). En el caso de Argentina ha optado, luego de la crisis de 2001, por un modelo neodesarrollista, con una estructura productiva más diversificada —aunque con un aumento del sector primario— y una estrategia de inserción internacional basada en un regionalismo cerrado.

De esta forma, nos proponemos abordar desde una perspectiva sudamericana de las Relaciones Internacionales, aquellos elementos que consideramos centrales en torno a los criterios de actuación de los Estados frente a estos actores asiáticos, y las implicancias políticas, económicas y sociales de la dinamización de los vínculos entre América del Sur y el Este de Asia.

El análisis se desarrolló a través de un diseño de investigación descriptivo y una estrategia metodológica cualitativa, ya que se enfocó en la caracterización de las implicancias que representa el creciente protagonismo de los mercados asiáticos en las estrategias de inserción internacional de países como Argentina y Chile. Se buscó, además, comprender la actuación del Estado ante el nuevo contexto internacional, y la influencia del modelo de desarrollo adoptado en las estrategias seleccionadas para vincularse con China y el SEA (Vieytes, 2004). Las técnicas de recolección y análisis de datos utilizadas fueron la observación y análisis de documentos —como ensayos, textos académicos y documentos—, y además se recurrió a la técnica de triangulación de datos para poder contrastar la información obtenida (Valles, 1999).

1. Estados, modelos de desarrollo y política exterior: Una introducción teórica

A pesar de los cambios en el sistema internacional y a la cada vez mayor participación de otros actores estatales y no estatales, los Estados continúan siendo los actores centrales del sistema internacional, no sólo porque conservan su función primaria de la seguridad y defensa, sino porque también mantienen otros privilegios como la defensa de valores comunes, la negociación de acuerdos comerciales y tratados internacionales, la representación de la identidad nacional, entre otros. Es decir, los Estados siguen siendo los principales proveedores de la seguridad y el bienestar económico de su población (Álvarez Calderón, 2016).

En contraste con los estudios sobre las políticas exteriores latinoamericanas, las diferentes teorías del *mainstream* de las Relaciones Internacionales han buscado explicar la actuación del Estado en el sistema internacional a través de la idea que son los factores geopolíticos o estratégicos los que influyen en la política exterior. En este

sentido, los realistas, por ejemplo, tienen una visión donde el Estado es un actor autónomo central constreñido solo por la estructura anárquica del sistema internacional. Como una unidad soberana, es un actor racional y tiene un conjunto de objetivos coherentes basados en un interés nacional definido en términos de poder. Los liberales, por su lado, plantean que el Estado goza de soberanía, pero no es el único actor, sino que se mueve en un escenario plural, en donde su función es mantener las reglas básicas del juego. En este contexto, el Estado no tiene un único interés nacional, sino que hay varios los cuales cambian y compiten entre sí dentro de un contexto pluralista. Por último, para los constructivistas, el interés nacional no está dado ni es material, sino que es ideacional y está constantemente cambiando y evolucionando en respuesta a factores domésticos y a ideas y normas internacionales. Los Estados, entonces, tienen múltiples identidades que también cambian, modificando las preferencias y acciones del Estado (Daddow, 2009). A partir de estas bases, se desarrollaron diferentes modelos para analizar la política exterior de un Estado.

Sin embargo, estas visiones no permiten explicar el desarrollo autóctono, propio y diferenciado de las políticas exteriores latinoamericanas. Por eso, desde América Latina, se ha buscado desarrollar teorías y conceptos más adecuados para explicar las acciones externas de los países de la región. En palabras de Bernal-Meza, estos enfoques y modelos teóricos latinoamericanos “[...] han permitido abordar la realidad desde nuestras propias perspectivas, que son distintas —por la naturaleza de los procesos históricos— de aquella propia de los países centrales y/o de aquellos que se sitúan en la porción dominante de la jerarquía del poder mundial” (2006, pp. 236-237)³.

Para Milensky (1975), los Estados latinoamericanos tienen 3 objetivos fundamentales respecto a su actuación en el sistema internacional: soberanía y autonomía, desarrollo nacional y, si es posible de

³ Dentro de los abordajes latinoamericanos se destacan: Amado Luiz Cervo con la relación entre el “tipo de Estado” y la política exterior; tipo de régimen político y modelo de desarrollo o inserción internacional para la comprensión de la política exterior de Van Klaveren y Bernal-Meza; la tradición de pensamiento del estructuralismo latinoamericano (Aldo Ferrer, Luciano Tomassini, Mario Rapoport y Raúl Bernal-Meza, entre otros) y la Teoría del Desarrollo (Prebisch, Furtado, Cardoso y Faletto, entre otros).

alcanzar, poder nacional. Sin embargo, indica que la principal prioridad y la clave para alcanzar los otros objetivos, es el desarrollo (citado en Muñoz, 1988). En este sentido, en los análisis sobre la política exterior latinoamericana, no se ha tratado sólo de evaluar la política exterior en términos de su contribución a la promoción de las exportaciones y del comercio y la estabilidad financiera, sino también en términos de poder transformar las variables internacionales “en un sentido más favorable a los objetivos de la estrategia de desarrollo” (Van Klaveren, 1984, p. 36) del Estado.

Bajo este criterio, la política exterior resulta de un esfuerzo de compatibilizar, a través de una evaluación pragmática de los recursos de poder de que se dispone, las necesidades internas con las posibilidades externas (Lafer, 2002). La política exterior es entendida, entonces, como una herramienta; una política pública de los Estados la cual se diseña bajo la guía de los intereses nacionales, las necesidades internas y las condiciones provenientes del ámbito externo (Colacrai, 2006), ya que el accionar de la política exterior sucede en un complejo contexto político interno e internacional.

Para comprender de forma más clara la política exterior de un Estado en desarrollo, es necesario considerar los modelos de acumulación imperantes (Rapoport, 2009), y por lo tanto, el análisis de la política exterior no puede separarse del modelo de desarrollo elegido y su correspondiente estrategia de inserción internacional (Bernal-Meza, 2000). El modelo de desarrollo comprende,

[...] la manera en la que se articulan la política y la economía, entre el Estado y el mercado, en un contexto determinado. A cada modelo le corresponde un modo de acumulación, de producción y de distribución de la riqueza, así como una estrategia de inserción internacional. Resultado de ello, serán diferentes los patrones de tipo de cambio, las regulaciones del comercio exterior, y las demandas en las negociaciones exteriores (Zelicovich, 2012, p. 6).

Se desprende de esta definición, que se pueden identificar tres dimensiones en el modelo de desarrollo: la productiva, la cambiaria y financiera y la social⁴. La primera dimensión hace referencia al siste-

⁴ La segunda dimensión toma en cuenta la relación entre el gobierno y los sectores económicos y financieros y apunta a la estabilidad macroeconómica, analizando

ma productivo doméstico y su articulación con la inserción productiva internacional, tomando en cuenta si dicho sistema se basa en las ventajas comparativas o en la construcción de ventajas competitivas. Aquí se toman en cuenta para el análisis no sólo la vinculación entre el mercado interno y el internacional, sino también la intervención del Estado en la apertura externa, la implementación de una política comercial externa activa y los criterios adoptados para la inversión extranjera directa (IED) (Devlin & Moguillansky, 2009).

Las estructuras productivas, entonces, condicionan de forma directa las formas de inserción internacional de un país, constituyendo las condiciones materiales sobre las que se construyen las estrategias de inserción internacional y, a su vez, reflejan diversas formas de interacción e intervención entre el Estado y el mercado. Teniendo en cuenta lo planteado y la complementariedad económica existente entre los países de la región sudamericana —proveedores de materias primas y Manufacturas de origen agropecuario (MOA)— y aquellos de la región asiática —proveedores de manufacturas—, en el análisis de la acción externa de Argentina y Chile hacia la región asiática, debe considerarse de manera central la influencia del modelo productivo.

Cada modelo de desarrollo, a su vez, tiene su respectiva estrategia de inserción internacional, lo que implica que éste debe articularse con las líneas directrices de esta estrategia sin dejar de lado las características del contexto externo. En este contexto, la inserción internacional puede entenderse como la estrategia de los Estados en su interacción con el sistema internacional en la procura de alcanzar objetivos nacionales predefinidos. Entonces:

[...] la estrategia de inserción internacional expresa la elección del esquema central de un conjunto de orientaciones y lineamientos de la política exterior que un Estado decide poner en práctica para vincularse con sus pares en el sistema internacional tanto en la dimensión política, de seguridad como económica (Lorenzini, 2011, p. 43).

las políticas fiscales y monetarias adoptadas. La última dimensión es la social y hace referencia al rol del Estado en cuanto a la distribución del ingreso, las políticas para la reducción de la pobreza, la creación de empleo, las políticas respecto a la salud y educación, entre otras (Bresser Pereira, 2007).

Así, por ejemplo, el modelo de desarrollo adoptado por un Estado permite explicar las prioridades dadas a determinados Estados y/o regiones en política exterior, las estrategias adoptadas respecto a los procesos de integración regional como así también respecto a sus posiciones ante foros y negociaciones globales —sobre todo económico-comerciales— (Van Klaveren, 1992).

Asimismo, debe subrayarse que, dadas las heterogeneidades entre los países sudamericanos, las generalizaciones al respecto de las articulaciones entre modelos de desarrollo y política exterior, así como en cuanto a las consecuencias en las sociedades domésticas, resultan imprecisas. Por esto último distinguiremos entre los diferentes modelos de acercamiento al Este de Asia, basando estas distinciones en las capacidades materiales —principalmente estructuras económicas de los países bajo estudio— y los compromisos regionales preexistentes, que han ido moldeando de diversa manera la estrategia de inserción internacional y las decisiones de política exterior.

Como premisa central de nuestro análisis, entonces, consideramos que existe una articulación entre la estructura productiva y exportadora de un país y su estrategia de inserción internacional, así como de su política exterior. Puede argumentarse que esta articulación no siempre es lineal, dado que, por ejemplo, un país como Argentina con una estructura productiva primaria y también industrial, ha implementado estrategias disímiles de inserción internacional entre 1990 y 2015. Sin embargo, entendemos que la estructura productiva de un país impone condicionamientos domésticos a las decisiones de proyección externa, así como a las relaciones exteriores en términos de socios comerciales y de integración regional.

Claramente, lo que está presente en las estrategias de inserción internacional de los países bajo estudio es la preexistencia de un modelo primario exportador —que en el caso chileno representa la casi totalidad de la producción y de la composición de la canasta exportadora— y, en el caso de Argentina, la combinación con un modelo de industrialización cimentado sobre acuerdos regionales (MERCOSUR) y orientado principalmente al mercado doméstico y latinoamericano.

Entonces, ambos países presentan estructuras productivas heterogéneas las cuales condicionan directamente las formas de inserción internacional constituyéndose en las condiciones materiales sobre las

que se construyen las estrategias externas y reflejando diversas formas de interacción y de intervención entre el Estado y el mercado, dando cuenta de modelos disímiles de desarrollo.

1.1. Chile y Argentina

En el caso de Chile, el modelo de desarrollo y su correspondiente estrategia de inserción internacional, se basa en premisas de apertura comercial unilateral, liberalización financiera y desregulación económica, que prioriza el regionalismo abierto y la firma de acuerdos comerciales preferenciales y de libre comercio. Esta política se basa en aquellas teorías económicas que indican que es un modelo óptimo para un país pequeño —con una escasa población y localizado en la periferia geográfica y política del mundo (Furche, 2011)—, ya que al ser una economía reducida no tiene incidencia sobre los precios internacionales y, por lo tanto, debe buscar la forma de adaptarse a esa situación.

Este modelo, fuertemente impulsado entre 1973 y 1990 y continuado por los gobiernos democráticos hasta la actualidad, ha tenido como principales resultados un crecimiento sostenido de las exportaciones tradicionales —recursos naturales—, una concentración en grandes socios comerciales extrarregionales, la disminución de las exportaciones no tradicionales (Aninat del Solar, 2007) y el desincentivo al desarrollo de manufacturas industriales, entre otros.

En línea con un proceso de apertura externa unilateral y con una visión pragmática en términos economicistas de la inserción internacional, la política exterior chilena se encolumnó detrás de objetivos centrados en una agenda comercial orientada al crecimiento a través de las exportaciones primarias (Bernal Meza, 2005; Colacrai & Lorenzini, 2005). En la dimensión política también se destaca el privilegio dado a las instancias multilaterales de negociación, que tuvieron un rol central en el acercamiento del país al Asia Pacífico (Quezada, 2010).

Dada la centralidad del eje comercial y la necesidad de expandir la inserción internacional tanto en el plano bilateral como multilateral, el Este de Asia se constituyó en un pilar de la política exterior chilena (Colacrai & Lorenzini, 2005; Wilhelmy, 2010). En consonancia con

ello, se multiplicó y consolidó una densa red de acuerdos: firma de TLC con Corea del Sur (2003), China (2006), Malasia (2012), Vietnam (2014), Hong Kong (2014) y Tailandia (2015); la negociación de un TLC con Indonesia y un Acuerdo de Asociación Económica con Singapur (el llamado P-4 de 2008) (Dirección General de Relaciones Económicas Internacionales [Direcon], 2018). Algunas condiciones que favorecieron este dinámico acercamiento fueron la complementación económica, la necesidad chilena de grandes mercados para insertar exportaciones, y la política asiática de apertura comercial y liberalización que también privilegiaba la firma de TLC, coincidiendo con la política comercial chilena de similar tendencia. A ello se suman la creciente demanda asiática de recursos para sostener un proceso de industrialización en rápido desarrollo, lo que llevó a que el acercamiento al país trasandino —primer productor y exportador de cobre y derivados— fuera natural, más allá de la ubicación geográfica del mismo.

En el caso argentino, desde la redemocratización hasta la actualidad, el modelo de desarrollo ha ido variando, pasando de la sustitución de importaciones, a un modelo neoliberal en la década de 1990, a otro neodesarrollista a partir del 2003. De esta manera, la estrategia de inserción internacional y la política exterior sufrieron cambios y ajustes ante la presencia de estos nuevos modelos. La única característica que se mantiene desde el fin de la Guerra Fría ha sido la adopción de un regionalismo cerrado, con el objetivo de ampliar los mercados internos y desarrollar una política de industrialización.

La crisis económica, financiera y política de 2001 tuvo un importante impacto en los diversos ámbitos del Estado argentino. Se da un colapso del sistema bancario, de las finanzas públicas y un debilitamiento del sistema productivo (Aronskind, 2011), marcando el fracaso del modelo neoliberal de la década anterior. Esta situación hacía necesaria la redefinición del modelo de desarrollo, de las políticas públicas y de las estrategias de inserción internacional. En este escenario de ‘refundación del Estado’, el gobierno optó por un modelo de desarrollo neodesarrollista de base industrial y con inclusión social que diera respuesta a las demandas nacionales (Busso, 2016).

La devaluación del peso argentino en 2002, junto al incremento del precio internacional de los *commodities*, favoreció la expansión

del comercio exterior y la adopción de un modelo económico de crecimiento a través de las exportaciones. El perfil comercial mantuvo un alto componente de productos primarios y manufacturas de origen agropecuario, cuyos principales destinos son las economías del Asia del Este. Asimismo, la apertura limitada del mercado y el compromiso con un regionalismo cerrado permitió mantener el proceso de industrialización garantizando mercados regionales latinoamericanos para las exportaciones industriales del país.

Teniendo en cuenta esta doble lógica de inserción internacional, la región asiática fue adquiriendo relevancia dentro de la agenda externa argentina como receptor de exportaciones agroalimentarias, en consonancia con la creciente demanda de China, el SEA e India. La política externa hacia estos países siguió esta tendencia incremental, y gradualmente comenzaron a multiplicarse las acciones políticas de acercamiento a los principales mercados, a través de visitas oficiales de alto rango, misiones comerciales, firma de acuerdos bilaterales de diversa naturaleza, entre otros (Rubiolo, 2017).

Entre las dimensiones de los vínculos bilaterales, el eje comercial ha sido el central tanto para Argentina como para Chile. En términos generales, con algunas diferencias que distinguimos a continuación, las naciones asiáticas se convirtieron en socios de envergadura en los últimos 15 años. Las diferencias se centran en la participación que China y el Sudeste de Asia tienen como mercados de destino y origen de los bienes de ambos países sudamericanos.

2. Asia en América del Sur: intereses, objetivos y acciones

Desde principios de los noventa encontramos que comienza un proceso de mayor aproximación del Este de Asia hacia América Latina, y de manera particular hacia América del Sur. Para entender cómo y por qué se produce este fenómeno, y cuál es el papel de Argentina y Chile en este proceso, debemos abordar primero las consideraciones de política exterior que guían el accionar asiático en la región, así como las condiciones regionales sudamericanas que alimentaron estos vínculos.

Las condiciones demográficas, socioeconómicas y productivas de China y los Estados del Sudeste de Asia se constituyen en condicio-

nantes centrales de su comportamiento externo. El caso de China presenta particularidades que, dada la magnitud de su economía, han tenido profundos impactos en el comercio global. El modelo de crecimiento chino, que tuvo su primer despegue en 1978 con las políticas aperturistas de Deng Xiaoping, se reflejó en las últimas tres décadas en altas tasas sostenidas de crecimiento porcentual del Producto Bruto Interno (PBI). Con excepciones como la crisis de Tiannanmen de 1989 y la crisis económica y financiera asiática de 1997-1998, esta evolución se mantuvo en cifras superiores al 9% anual (Banco Mundial, 2018). Este ritmo de crecimiento se mantuvo estable aún durante la crisis mundial de 2008/2009 lo que le permitió consolidarse como una de las principales economías mundiales, y en el centro de la posterior recuperación económica global (Rosales & Kuwayama, 2012).

Por su parte, las mayores economías del SEA —Singapur, Indonesia, Tailandia, Malasia y, posteriormente, Vietnam— atravesaron desde finales de la década del ochenta un proceso de crecimiento sostenido. Este fenómeno dio origen a la frase “milagro económico” acuñada por el Banco Mundial, basada en las tasas de aumento de PBI de entre 7,6% y 9,2% en promedio entre 1989 y 1997, de Indonesia, Malasia, Tailandia y Vietnam. Aunque la crisis de 1997 tuvo un fuerte impacto en las economías del SEA, la rápida recuperación económica posterior, los procesos de industrialización fortalecidos durante los años noventa y 2000, y el efecto derrame del extraordinario crecimiento económico chino, robustecieron a las economías de la región y las convirtieron en mercados atractivos para inversores, empresas y gobiernos en el mundo. Como resultado, el incremento y la diversificación de la demanda interna, la mayor necesidad de IED y la búsqueda de mercados no tradicionales como proveedores de insumos para las industrias en expansión, se convirtieron en las condiciones regionales que estimularon el acercamiento a América Latina, y especialmente a Sudamérica, como proveedora de materias primas.

Se desprende de lo planteado que, tanto para Beijing como para las economías del SEA, América del Sur —aunque aún es considerada como una región periférica en las agendas exteriores de los Estados en cuestión— se inscribe en una estrategia de diversificación de mercados de origen de importaciones —netamente primarias— y, en el caso de China y de Singapur, como un espacio emergente para la expansión de inversiones productivas y financieras. Cabe reflexionar entonces sobre

cuáles son los intereses y objetivos que se articulan desde la política exterior de estos actores asiáticos en los vínculos con Latinoamérica y con América del Sur en particular.

2.1. Intereses y objetivos asiáticos en la aproximación a Latinoamérica

Los intereses de China en el acercamiento y en la profundización de los vínculos con América Latina tienen una naturaleza tanto económica como política. Desde la primera de estas dimensiones, se destaca la sostenida necesidad por acceder a recursos naturales —energéticos, minerales y alimentos— que le permitan abastecer la demanda de la población y mantener el ritmo de industrialización de la economía (Abdenur & Marcondes, 2013). Asimismo, los mercados latinoamericanos se erigen como importantes receptores de manufacturas industriales, convirtiendo a la región en un destino de creciente relevancia para la diversificación de mercados de exportación (Ellis, 2009).

En el marco de estos intereses económicos de Beijing y de la estrategia *Going Out* definida por el gobierno chino para estimular a sus empresas a internacionalizarse y procurar la inversión en la extracción de recursos naturales a nivel global, deben comprenderse también las inversiones en Latinoamérica. En este sentido, la región es receptora de un creciente flujo de inversiones en forma de IED y de préstamos, que en la última década se concentraron en los sectores de energía, infraestructura y minería (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos [OCDE], Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL] y Corporación Andina de Fomento [CAF], 2015), todos ellos vinculados al objetivo chino de diversificar fuentes de recursos naturales para sostener su propio ritmo de crecimiento económico.

En cuanto a la dimensión política de los intereses de Beijing en la región, se destacan el desplazamiento del reconocimiento a Taiwán —en la región se encuentra un alto porcentaje de los países que lo reconocen— y asegurar alianzas estratégicas como parte de su posicionamiento mundial (Abdenur & Marcondes, 2013). Las principales acciones de política exterior hacia América Latina que pusieron de manifiesto el carácter cada vez más estratégico de la región para el camino de crecimiento del gigante asiático fueron la visita de Hu Jintao

a la región en 2004, la emisión del primer *policy paper* hacia América Latina y el Caribe en 2008 y el segundo en 2016, las tres giras de Xi Jinping por la región entre 2012 y 2016 y el establecimiento del Foro China-Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) en 2014 (Jenkins, 2010; Ministry of Foreign Affairs of the PRC, 2016).

El acercamiento de China a la región, aunque persigue claros intereses nacionales que apuntan al fortalecimiento del poder económico y político del país a nivel internacional, ha sido acompañado por una retórica de principios de política exterior anclados en la no injerencia en asuntos internos de terceros Estados, y el beneficio mutuo, así como la apelación a un pasado de opresión colonial compartida con América Latina y al privilegio a las relaciones Sur-Sur. A pesar de esta retórica, es clara la falacia de la identificación de estos vínculos como Sur-Sur, dado que, tanto por las asimetrías en términos económicos, como en las capacidades estratégica-militares, las relaciones responden a una lógica Norte-Sur, antes que Sur-Sur (Bernal-Meza, 2016).

El Sudeste de Asia constituye un caso muy diferente del de China. En primer lugar, se trata de una región constituida por once países de características disímiles y heterogéneas en múltiples dimensiones. Los principales socios comerciales de Sudamérica en el período de estudio, sobre los que concentraremos el análisis, son: Filipinas, Indonesia, Malasia, Singapur, Tailandia y Vietnam. A diferencia de China, el SEA no se constituye en un poder internacional, sino más bien en economías emergentes de rango medio, con diversos niveles de consolidación y de desarrollo. En este sentido, las relaciones con América Latina se caracterizan por un mayor nivel de simetría y, también en contrapunto con el caso de Beijing, se constituyen en relaciones Sur-Sur.

Algunas condiciones que se encuentran presentes a nivel regional en el SEA comenzaron a incidir en el acercamiento a nuevas regiones, como América Latina. La característica que sobresale en primer lugar es la magnitud de la población que supera los 640 millones de habitantes, creando una inmensa base de consumo para productos alimentarios (Association of Southeast Asian Nations [ASEAN], 2017). A su vez, el crecimiento económico favorece una mayor diversidad en la demanda de productos agrícolas, ampliando la canasta de productos

destinados a consumidores, así como la demanda de insumos —alimento balanceado— para la cría de animales, principalmente aviar y porcina (Foreign Agricultural Service [FAS], 2014). Una tercera condición, que se articula con las dos anteriores, es la definición de la Seguridad Alimentaria —*food security*— como prioridad política de los países de la ASEAN⁵. Los países del bloque regional coinciden en la centralidad de este objetivo a partir de la volatilidad de los precios globales de los alimentos —que se traduce en una alta inestabilidad en el abastecimiento interno—, el continuo crecimiento poblacional de la región y las consecuencias negativas del cambio climático para los países productores agrícolas de ASEAN (Chandra & Lontoh, 2010).

En este sentido, los países exportadores de *commodities* agropecuarios, entre los cuáles los sudamericanos se destacan por su alta competitividad, se convierten en destinos de cada vez mayor relevancia en la agenda externa de los Estados del SEA, en una política que procura alcanzar la autosuficiencia alimentaria. En el apartado siguiente profundizamos sobre las características actuales de los vínculos entre ambas, y distinguimos los rasgos específicos de los casos de Argentina y Chile.

3. América del Sur como región en las relaciones con el Este de Asia

Aunque es un lugar común analizar las relaciones de Latinoamérica considerando a este espacio regional como un todo homogéneo, en el caso de los vínculos con el Este de Asia deben considerarse las diferencias fundamentales que permiten configurar a América del Sur como un actor en sí mismo en esa relación. La mayor complementariedad económica —derivada de las estructuras productivas y exportadoras—, la menor influencia de Estados Unidos en el espacio regional sudamericano, así como la mayor competitividad en la producción de alimentos, se convierten en condiciones que distinguen

⁵ Asociación de Naciones del Sudeste Asiático, por sus siglas en inglés. Organización fundada en 1967, está compuesta por 10 Estados miembros: Malasia, Indonesia, Brunéi, Vietnam, Camboya, Laos, Birmania, Singapur, Tailandia y Filipinas, y dos Estados observadores, Papúa Nueva Guinea y Timor Oriental.

los vínculos sudamericanos con la región asiática, respecto de los que mantienen con la parte Central y Norte del espacio latinoamericano.

Sin dudas, el elemento central en esta distinción es la especialización en la producción agrícola, que como analizamos, se articula con objetivos prioritarios tanto de China como del SEA en su política externa. Esto ha permitido configurar una relación de mayor complementariedad con el Este de Asia en su conjunto. En este sentido, las importaciones chinas de productos agrícolas provenientes de América Latina se originan en un 96% en los países sudamericanos, en su mayor parte desde Brasil, Argentina, Chile y Uruguay (CEPAL, 2016).

La presencia de China en América del Sur presenta desafíos y preocupaciones comunes a los países que la integran. En primer lugar, como consecuencia de la estructura comercial interindustrial —materias primas por manufacturas industriales— que caracteriza los intercambios entre China y el SEA con América del Sur, se ha producido una mayor concentración de las exportaciones en escasos productos de origen primario en las canastas sudamericanas. Esta tendencia, que se profundizó desde 2001 hasta el presente, se ha convertido en un desincentivo a la diversificación de productos hacia un mayor nivel de industrialización en los países sudamericanos (Baroni & Rubiolo, 2013). Este patrón de comercio se ha traducido en una alta concentración de las exportaciones de América del Sur en un pequeño número de productos básicos: mineral de hierro, cobre, soja y derivado, y petróleo, dando cuenta de más del 60% de todas las exportaciones. Por su parte, Asia exporta una amplia gama de productos manufacturados, incluidos barcos, automóviles, productos electrónicos, equipos y partes y componentes (Banco Interamericano de Desarrollo [BID], 2012, p. 15).

Una segunda característica de estos vínculos es que el crecimiento sin precedentes de las exportaciones entre 2002 y 2013 —año en que comenzó a desacelerarse el ritmo de comercio con China (CEPAL, 2016, p. 98)— generaron un incremento de los ingresos estatales que permitieron el crecimiento de sectores vinculados a la exportación primaria, los servicios ligados a ello y, en algunos países, la utilización de estos ingresos como fuentes para la implementación de estrategias de redistribución de la riqueza entre diferentes sectores sociales. Es decir, aunque el comercio bilateral con China y el SEA ha favorecido

un proceso que se conoce como reprimarización de la economía, también ha permitido el fortalecimiento de políticas sociales y de desarrollo interno en los principales países sudamericanos.

Un tercer rasgo distintivo de la relación entre Sudamérica y el Este asiático en términos comerciales es que, a diferencia de México y América Central, los países de la región han mantenido en su conjunto una balanza superavitaria. El sector exportador que permite explicar este resultado positivo para Sudamérica es el agrícola, que presenta el mayor crecimiento desde 2000, y que, en contraste con las exportaciones globales de la región, ha mantenido su desempeño hasta el presente. Esto responde sin dudas a las condiciones demográficas chinas, que debido a un creciente proceso de urbanización y a la expansión de la clase media en curso, necesita multiplicar su capacidad de abastecimiento para alimentar a la población (CEPAL, 2016).

A la luz de este repaso, a continuación, nos proponemos distinguir y analizar las relaciones entre Chile y Argentina con China y el SEA, tomando como eje central las particularidades del modelo de desarrollo de cada uno de estos Estados sudamericanos, que permita comprender por qué los gobiernos han adoptado políticas diferentes de aproximación a los mercados asiáticos, y explicar en parte los resultados obtenidos hasta el presente, así como los desafíos actuales y futuros.

3.1. Argentina y Chile: dos perspectivas de inserción en el Este de Asia

Argentina y Chile ingresaron al siglo XXI, al igual que el resto de América del Sur, con el desafío pendiente de alcanzar un modo de inserción más eficiente que respondiera a las necesidades internas vinculadas al desarrollo económico y social. Las transiciones económicas que habían ya comenzado, con la consolidación de China y algunos Estados del SEA como economías emergentes, planteaban la prioridad de reorientar las agendas externas de inserción económica y comercial —alejándolas de los socios tradicionales—. Este redireccionamiento geográfico respondía también a un fenómeno que ya era evidente hace más de dos décadas: la pujante demanda asiática por materias primas producidas en la región.

En este contexto, Argentina y Chile dan forma a estrategias de aproximación al Este de Asia basadas, por un lado, en las estrategias de inserción internacional preexistentes en ambos Estados que, como planteamos en apartados anteriores, respondían no sólo a sistemas de pensamiento económico divergentes, sino a estructuras productivas con capacidades distintas. No obstante, a partir de su inserción en el Este asiático, ambos Estados persiguen objetivos nacionales directamente vinculados al desarrollo como interés nacional.

Analizando el caso de China en los países sudamericanos, es menester distinguir que en el caso argentino el Gigante Asiático es actualmente el segundo socio comercial, tanto como mercado de destino de ventas como de origen de importaciones⁶, mientras que para Chile, China se ha convertido en el primer socio comercial global, siendo el principal destino de las exportaciones chilenas desde 2007 y origen de las importaciones desde 2015 —desplazando a Estados Unidos en este último flujo— (Asociación Latinoamericana de Integración [ALADI], 2018).

Aunque en ambos países el papel de China en la inserción comercial adquirió un rol protagónico, particularmente desde 2003 en adelante debido al boom de los *commodities*, los resultados en términos de balanza comercial son opuestos. En el caso argentino existe una asimétrica relación entre importaciones y exportaciones que arrojan una constante balanza deficitaria para Argentina que, desde 2014, es superior a los 6.000 millones de dólares. A su vez, notamos que Argentina tiene una mayor dependencia del mercado chino como proveedor de bienes manufacturados que como destino de las ventas locales, donde observamos una mayor diversidad de destinos en la región del Este de Asia. De esta manera, las importaciones argentinas de productos chinos han tenido un incremento sostenido desde 2002, pasando de representar el 3.7% en ese año al 18.4% en 2017 del total importado por el país. Mientras, las exportaciones argentinas hacia el país asiático representan una porción menor de las ventas totales del país, su máxima participación fue del 9% en el total vendido al mundo, alcanzado en 2007, 2008 y 2015. Esto implica que, tomando en consideración la asimetría de los vínculos bilaterales, la dependen-

⁶ Brasil es el primer socio comercial de Argentina.

cia argentina sobre el mercado chino es menor si se la compara con la relación que sostienen otros mercados sudamericanos, como es el caso chileno.

La relación comercial de Chile con China es esencialmente diferente a la de Argentina. En primer lugar, debe recordarse que Chile y China tienen un TLC en vigencia desde octubre 2006 que ha tenido un impacto profundo en el vínculo comercial bilateral. En términos porcentuales, en 2016 los bienes chinos representaron el 24% de las compras chilenas mundiales, y Chile destinó el 28% de sus exportaciones hacia China. En ambos flujos hay un crecimiento respecto del año anterior que continúa una línea constante desde 2008 (ese año los respectivos porcentajes fueron de 15% y 10%). A diferencia del caso argentino, vemos un alto y creciente grado de dependencia del comercio externo chileno sobre el mercado chino. Lejos de significar un progreso en la diversificación comercial, esta relación muestra lo contrario: una tendencia progresiva a una mayor concentración comercial.

En cuanto a los vínculos comerciales con el Sudeste de Asia, la situación es sensiblemente distinta. Continuando con el análisis del caso de Chile, vemos que la concentración en el mercado chino ha actuado en desmedro de los vínculos comerciales con socios de menor envergadura y mayor simetría económica y política en la región. El SEA es un socio marginal del país trasandino: las exportaciones chilenas hacia la región representan el 1.3% del total de las ventas chilenas al mundo. Por su parte, las importaciones —aunque levemente mayores— dieron cuenta del 3.7% de las importaciones mundiales de Chile. En ambos flujos, vemos una irrelevancia de estos países como mercado para la inserción comercial del país sudamericano.

Ahora, la relación comercial de Argentina con el SEA atravesó desde 2003, y con mayor intensidad desde 2008, un proceso de profundización único en América del Sur, lo que permitió eludir la concentración sobre el mercado chino como destino de las ventas. En 2016 las ventas argentinas a las seis mayores economías del SEA superaron los 5.700 millones de dólares, representando el 10% del total de las ventas argentinas al mundo. Entre los mercados de destino en la región se destacan Vietnam e Indonesia como los principales compradores. Esta cifra representa un nuevo pico de ventas a la región en un proceso

sostenido de crecimiento que se inició en 2003. Por su parte, las importaciones que también han tenido un aumento constante no tienen mayor peso en el comercio argentino dado que sólo representan en la actualidad el 4.1% de las compras totales del país. El principal socio argentino en este sentido es Tailandia⁷.

La particularidad de la relación de Argentina con China y el SEA es la configuración triangular del comercio: en la relación con China se concentra el mayor flujo de importaciones, mientras las exportaciones se dirigen principalmente a los mercados del SEA. De este modo, Argentina logró configurar una estrategia de inserción comercial con mayor diversificación de mercados que en el caso de Chile, además de integrar al ranking de principales socios a mercados que no son grandes poderes o economías mundiales, como es el caso de Vietnam e Indonesia, dando forma a una inserción comercial Sur-Sur.

A modo de reflexión final, Argentina, aunque sin dudas tiene un alto nivel de dependencia de los mercados asiáticos en un modelo de crecimiento a través de las exportaciones de materias primas y MOA, también ha mantenido una relación privilegiada con los socios sudamericanos, principalmente con Brasil y con Chile. Esto es consecuencia de la consolidada matriz industrial argentina y de la asociación estratégica con Brasil a través del Mercosur y de la integración conjunta en cadenas de valor regionales —particularmente la automotriz— lo que ha favorecido una inserción internacional del país más diversificada en términos de socios y de productos. Por otro lado, Chile muestra una articulada y consistente estrategia de inserción comercial en Asia Pacífico, que se refleja en la firma de numerosos TLC con países asiáticos, de los cuales se destaca el firmado con China. Esto ha respondido al modelo de inserción chileno basado en la producción centrada en la explotación de recursos naturales —casi exclusivamente concentrada en el cobre y sus derivados—. El acercamiento de China hacia Chile, en el marco de una estrategia de diversificación de fuentes de abastecimiento de materias primas, favoreció la concentración productiva de las exportaciones chilenas y desincentivó la diversificación de socios —lo que se observa en la disminución de la participación de los paí-

⁷ Los análisis se realizaron en base a datos de ALADI (2017) y United Nations Comtrade (2017).

ses sudamericanos en los flujos comerciales chilenos— generando un patrón de inserción económica internacional de mayor dependencia sobre la RPC.

Conclusión

El contexto internacional fue muy dinámico a partir del fin de la Guerra Fría, impactando en el accionar externo de los Estados. Los principales ejes articuladores de la agenda internacional del siglo XXI estuvieron centrados en el cambio del eje del capitalismo hacia Oriente y en la expansión del comercio internacional. A esto se sumó el crecimiento económico de Estados emergentes como China, India, y el SEA, produciéndose el aumento de la demanda y de los precios internacionales de las *commodities*, lo que permitió un fuerte crecimiento de las exportaciones —y de los ingresos— para los países productores de las mismas. Además, se logró una importante diversificación de socios, tanto políticos como comerciales.

La aproximación de los países sudamericanos a los Estados asiáticos ha estado guiada por los objetivos nacionales vinculados a su modelo de desarrollo. Como los Estados latinoamericanos tienen aún elevados niveles de pobreza, el desarrollo continúa siendo el imperativo doméstico que tiene peso determinante en las decisiones externas de los mismos (Van Klaveren, 1992). Teniendo en cuenta este supuesto, los modelos de desarrollo adoptados por Chile y Argentina han influido de manera directa en la estrategia de inserción internacional hacia China y los Estados del SEA. La estructura productiva de cada país impuso condicionamientos a las decisiones de proyección externa, así como a las relaciones exteriores en términos de socios comerciales y de integración regional.

De lo analizado en los apartados anteriores se desprende que, debido al tipo de intercambio basado en materias primas y MOA por manufacturas, tanto para China como para los Estados del SEA, América del Sur cumple un rol de proveedor de alimentos y de insumos para las industrias de dichos países, buscando así sostener su propio crecimiento económico. La especialización en la producción agrícola, como así también minera e hidrocarburiífera de la región sudamericana, se articula con los objetivos prioritarios de la política

exterior de los países asiáticos bajo estudio, orientados a la seguridad alimentaria, energética y el desarrollo industrial.

Esta situación llevó a una mayor concentración en las exportaciones sudamericanas en pocos productos de bajo valor agregado e importaciones de bienes manufacturados con mayor valor. El alto costo de oportunidad si no se destinan los factores de producción a estas actividades vinculadas con los bienes primarios (Slipak, 2012; Nacht, 2013), facilitó la continuidad de este modo de inserción. Esto ha llevado a una nueva forma de subalternización de estos países periféricos, ya que se depende de los precios internacionales de los *commodities*, los cuales están sujetos a condiciones externas de demanda y de producción en los países socios —como ser factores climáticos, sociales y políticos— y de los capitales extranjeros —como los chinos— (Nacht, 2013).

A pesar de este intercambio desfavorable, la alta demanda asiática generó un fuerte ingreso a los Estados de la región lo que permitió el crecimiento de los sectores exportadores, los servicios vinculados a ello, y la utilización de dichos ingresos, en varios países, en políticas de redistribución de la riqueza y de disminución de la pobreza.

En este punto, las características de las estrategias de inserción internacional de cada Estado tuvieron implicancias disímiles. Mientras en el caso chileno observamos un proceso de apertura amplio basado en el libre comercio con China, lo que llevó a un alto y creciente grado de dependencia del comercio externo chileno sobre el mercado chino; en el argentino nos encontramos con una asimétrica relación entre importaciones y exportaciones que arroja una constante balanza comercial deficitaria para el país sudamericano, con una mayor dependencia del mercado chino como proveedor de bienes manufacturados que como destino de las exportaciones. Esto implica que, tomando en consideración la asimetría de los vínculos bilaterales, la dependencia argentina sobre el mercado chino es menor si se la compara con la relación que sostiene el país andino.

La concentración de Chile en el mercado chino ha actuado en desmedro de los vínculos comerciales con los Estados del SEA, observándose una irrelevancia de estos países para la inserción comercial del país andino. Sin embargo, en el caso argentino, la profundización de los vínculos comerciales con el SEA generó una configuración trian-

gular del comercio ya que las exportaciones hacia estos Estados han permitido contrarrestar, en parte, el déficit comercial con China. De esta forma, Argentina ha logrado una estrategia de inserción internacional con mayor diversificación de mercados que en el caso chileno.

Ante la pregunta sobre el futuro de estas vinculaciones, se pronostica que durante la próxima década, los Estados del SEA experimentarán un crecimiento económico mayor que el promedio mundial, junto a un crecimiento de la clase media y del proceso de urbanización. Estos factores generarán un aumento en las ventas minoristas de alimentos, con un crecimiento del 60% esperado en la próxima década, en comparación con solo el 37% a nivel mundial (ASEAN, 2017), lo que se constituye en oportunidades aún vigentes para los países de la región sudamericana, y por lo tanto este modo de inserción internacional se sostendrá.

China, por su parte, ha experimentado una desaceleración de su crecimiento, lo que ha tenido consecuencias sobre la demanda y sobre los precios internacionales de las materias primas. Esto ha afectado de forma negativa al comercio exterior de la región sudamericana, con casi cuatro años de caída constante del valor y cantidad de las exportaciones e importaciones (CEPAL, 2016). La disminución de la demanda china se debe a dos motivos: por un lado, porque ha pasado a un modelo de crecimiento basado en una economía del consumo interno y de los servicios, dejando de lado el modelo basado exclusivamente en las inversiones y exportaciones y, por el otro, porque ha reducido el aporte de los insumos importados en la producción de manufacturas (CEPAL, 2016).

Este cambio hacia una consolidación del mercado interno chino, está teniendo repercusiones no solo en su demanda, sino también en la región del SEA debido a la profunda articulación productiva existente con el mercado chino, lo que generará, a su vez, impactos múltiples en la región sudamericana (CEPAL, 2016). Para los países de la ASEAN, China se ha convertido en el principal socio comercial extrarregional (ASEAN, 2017) y en el motor del crecimiento económico de la región. Antes estos cambios, y teniendo en cuenta que las canastas exportadoras de América del Sur y algunos de los países de ASEAN son competitivas, el CAFTA (China ASEAN Free Trade Agreement) fomenta la competencia entre ambas regiones por el ingreso

al mercado chino y la atracción de IED chinas, poniendo a la región sudamericana en una posición de desventaja relativa.

China ha jugado un rol dual en América del Sur ya que, por un lado, se ha convertido en uno de los principales socios comerciales y fuente de inversión (explotación de recursos naturales y proyectos de infraestructura) y, por el otro, ha provocado un aumento del sector primario en las estructuras productivas de los países sudamericanos y una des industrialización de los mismos (Gil Barragán y Aguilera Castillo, 2017).

Concluyendo, los modelos de desarrollo y las estrategias de inserción internacional adoptadas por Argentina y Chile han profundizado un modo de inserción más dependiente de variables externas, siendo el contexto externo de altos precios y de una demanda aún constante de *commodities*, el principal eje que guía los vínculos con China y los Estados del SEA. Esto, por un lado, ha permitido a los Estados, como Chile y Argentina, diversificar sus socios comerciales e incrementar sus exportaciones con un correlativo incremento de sus ingresos, lo cual les ha permitido el desarrollo de diferentes políticas al interior de cada país. Pero, por otro lado, ha evitado una diversificación de la estructura productiva hacia una mayor industrialización, siendo los costos de este proceso muy altos para Estados aún en desarrollo. Bajo este contexto, los márgenes de maniobra para la actuación internacional de los Estados sudamericanos bajo estudio son reducidos, lo que se traduce en menor autonomía y mayor dependencia.

Ahora bien, retomando la dimensión de la responsabilidad estatal respecto de las condiciones de vida de sus sociedades, vinculadas con criterios que desde la perspectiva de los Derechos Humanos pueden adscribirse a una visión ética de las políticas públicas, creemos necesarios subrayar dos elementos: 1) La política exterior se constituye en una herramienta para responder a demandas internas vinculadas a las necesidades del desarrollo, tanto social como económico, y de este modo adquiere una dimensión que excede a las meras motivaciones de poder. 2) Estos criterios de tinte ético-moral vinculados al derecho al desarrollo, también condicionan las relaciones externas del Estado. Mientras las necesidades materiales de orden económico-comercial pueden favorecer una aproximación pragmática y materialista en la política exterior, este hiperrealismo puede conducir a desatender los

bajos niveles de cumplimiento de derechos fundamentales en terceros Estados. Se pone en evidencia así un doble estándar en comportamiento en política exterior, que enfrenta a los Estados —particularmente a los del Sur global— con dilemas éticos vinculados a cómo alcanzar el desarrollo en sus múltiples dimensiones.

Bibliografía

Libros y capítulos de libros

- Aninat del Solar, A. (2007). La política comercial chilena: una experiencia satisfactoria pero con nuevos desafíos. En N. Consani, *et al* (comp.), *Transitando los inicios del siglo XXI. Las relaciones internacionales de Argentina, Chile y México* (pp. 133-156). Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.
- Bernal-Meza, R. (2000). *Sistema Mundial y MERCOSUR. Globalización, Regionalismo y Políticas exteriores Comparadas*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano y Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Bernal-Meza, R. (2005). *América Latina en el mundo. El pensamiento latinoamericano y la teoría de las relaciones internacionales*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano.
- Busso, A. (2016). Presentación. En A. Busso (Coord.), *Modelos de desarrollo e inserción internacional: aportes para el análisis de la política exterior argentina desde la redemocratización 1983-2011* (pp. 9-14). Rosario, Argentina: UNR Editora.
- Colacrai, M. (2006). Pensar la Política Exterior desde una lectura renovada de la 'Autonomía'. En A. Bologna (Dir.), *La política exterior del Gobierno de Kirchner*, Vol. 1, Tomo IV (pp. 13-30). Rosario, Argentina: UNR Editora.
- Daddow, O. (2009). *International Relations Theory*. Londres, Inglaterra: SA-GE Publications Ltd.
- Ellis, R. E. (2009). *China in Latin America. The Whats and Wherefores*. Colorado, Estados Unidos: Lynene Rienner Publishers.
- Hey, J.A.K & Mora, F.O. (2003). Introduction. The theoretical challenge to Latin America and Caribbean Foreign Policy Studies. En F.O. Mora y J.A.K. Hey (Eds.), *Latin American and Caribbean Foreign Policy* (pp. 1-12). Lanham, USA: Rowman and Littlefield Publishers Inc.
- Lafer, C. (2002). *La identidad internacional de Brasil*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

- Lorenzini, M.E. (2011). *Política Exterior, Alianzas Estratégicas y Energía en América Latina. Las relaciones argentino-chilenas bajo la lupa*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.
- Soares de Lima, M. R. & Milani, C. R. S. (2016). Política Externa, Geopolítica e Modelos de Desenvolvimento. En M.R. Soares de Lima, C.R.S. Milani y E. Echart Muñoz (Eds.), *Cooperación Sur-Sur, política exterior y modelos de desarrollo en América* (pp. 21-40). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Valles, M. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social: Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid, España: Síntesis S.A.
- Van Klaveren, A. (1984). El Análisis de la Política Exterior Latinoamericana: Perspectivas Teóricas. En H. Muñoz y J. Tulchin (Comps.), *Entre la Autonomía u la Subordinación. Política Exterior de los Países Latinoamericanos*, Tomo I (pp. 14-49). Buenos Aires, Argentina: GEL.
- Vieytes, R. (2004). *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad: epistemología y técnicas*. Buenos Aires, Argentina: De las ciencias.

Artículos en publicaciones periódicas

- Abdenur, A.E. & Marcondes de Souza Neto, D. (2013). La creciente influencia de China en el Atlántico Sur. *Revista Cidob d'afers Internacionals*, (102/103), 169-197.
- Álvarez Calderón, C. (2016). ¿El Sistema Internacional en el Siglo XXI: ¿Crisis del Estado-nación? *Estudios en Seguridad y Defensa*, 11 (22), 167-181. Recuperado de <https://www.esdeguerevistacientifica.edu.co/index.php/estudios/article/view/214/332>
- Baroni, P. & Rubiolo, M. F. (2013). Relaciones entre América del Sur y China: ¿una alternativa para una inserción internacional autónoma? *Cuadernos de Trabajo de FLACSO*, (71), 1-31.
- Bernal-Meza, R. (2006). Aportes Teórico-Metodológicos Latinoamericanos Recientes Al Estudio De Las Relaciones Internacionales. *Revista de Historia Actual*, 4 (4), 227-238.
- Bernal-Meza, R. (2016). China and Latin America Relations: The Win-Win Rhetoric. *Journal of China and International Relations*, Special Issue, 27-43.
- Bresser Pereira, L.C. (2007). Estado y mercado en el nuevo desarrollismo. *Nueva Sociedad*, (210) julio/agosto, 110-125.
- Colacrai, M. & Lorenzini, M. E. (2005). La política exterior de Chile: ¿excepcionalidad o continuidad? Una lectura combinada de “fuerzas profundas” y tendencias. *CONfines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, 1 (2), 45-63.

- Devlin, R. & Moguillansky, G. (2009). Alianzas público-privadas como estrategias nacionales de desarrollo a largo plazo. *Revista de la CEPAL*, (97), 97-116.
- Frechero, J. I. (2013). Extractivismo en la economía argentina. Categorías, etapas históricas y presente. *Estudios críticos del desarrollo*, 3 (4), 45-82.
- Giaccaglia, C. (2010). Condicionantes sociales en el proceso de formación de potencias mundiales: un análisis de los países de IBSA a partir de un recorrido histórico. *Relaciones Internacionales*, (15), 33-60.
- Gil Barragán, J. M. & Aguilera Castillo, A. (2017). China and Latin America: strategic partners or competitors? *Revista Escuela de Administración de Negocios*, (82), 1-23.
- Jenkins, R. (2010). China's Global Expansion and Latin America. *Journal on Latin American Studies*, (42), 809-837.
- Jiménez, D. M. (2007). El proceso de toma de decisiones como eje de la política exterior autónoma: el caso de la Argentina. *Relaciones Internacionales*, (33), 1-15.
- Muñoz, H. (1988). El estudio de las políticas exteriores latinoamericanas: temas y enfoques dominantes. *Revista Relaciones Internacionales*, (22), 7-22.
- Nacht, P. A. (2013). El Dragón en América Latina: las relaciones económico-comerciales y los riesgos para la región. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, (45), 141-154. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50925659010>
- Quezada, A. (2010). Inserción Internacional De Chile En La Post-Guerra Fría. Concertación política e integración económico-comercial; dos ejes conceptuales de la política exterior en el Gobierno de Ricardo Lagos (2000-2006). *Revista Enfoques*, 8 (13), 119-134.
- Rapoport, M. (2009). Argentina: economía y política internacional. *Diplomacia, Estrategia & Política (DEP)*, (10), 27-51.
- Rubiolo, M. F. (2017). Diversificación y Autonomía: Ejes en la aproximación argentina al Sudeste de Asia. *Comillas Journal of International Relations*, (8), 67-80.
- Russell, R. & Tokatlián, J.G. (2013). América Latina y su gran estrategia: entre la aquiescencia y la autonomía. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (104), 157-180.
- Sotillo Lorenzo, J. A. (2015). Desarrollo y derechos humanos: La implementación del derecho al desarrollo en el marco de la cooperación internacional y el enfoque basado en Derechos Humanos. *E-DHC. Quaderns Electrònics sobre el Desenvolupament Humà i la Cooperació*, (5), 12-28.
- Van Klaveren, A. (1992). Entendiendo las políticas exteriores latinoamericanas. Modelo para armar. *Estudios Internacionales*, 25 (98), 169-216.

Wilhelmy, M. (2010). La trayectoria de Chile frente a la región Asia-Pacífico. *Estudios Internacionales*, (167), 125-141.

Otros documentos

- ALADI. (2018). Sistema de Información de Comercio Exterior, Uruguay. Disponible en: http://consultawebv2.aladi.org/sicoexV2/jsf/comercio_exterior_Entrada.seam?cid=1263
- Aronskind, R. (6 de diciembre de 2011). Las causas de la crisis de 2001. *Noticias. Sociedad*, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Recuperado de < <http://www.unicen.edu.ar/content/las-causas-de-la-crisis-de-2001>>
- ASEAN. (2017). ASEAN Statistical Yearbook 2016/2017. Jakarta: ASEAN Secretariat. Recuperado de https://asean.org/wp-content/uploads/2018/01/ASYB_2017-rev.pdf
- Banco Interamericano de Desarrollo. (2012). Construyendo el futuro de la relación entre Asia y el Pacífico y América Latina y el Caribe. Banco Asiático de Desarrollo, Banco Interamericano de Desarrollo e Instituto del Banco Asiático de Desarrollo. Recuperado de <https://publications.iadb.org/bitstream/handle/11319/389/Shaping%20the%20future%20SPA%207-20-12%20screen.pdf?sequence=7&isAllowed=y>
- Banco Mundial. (2018). Datos sobre las cuentas nacionales. Recuperado de <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?view=map>
- CEPAL. (2016). Relaciones económicas entre América Latina y el Caribe y China. Oportunidades y desafíos. Santiago: CEPAL. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/40743/1/S1601155_es.pdf
- Chandra, A. & Lontoh, L. (2010). Regional Food Security and Trade Policy in Southeast Asia: The role of ASEAN. Series on Trade and Food Security, Policy Brief 3. Trade Knowledge Network. Winnipeg: International Institute for Sustainable Development. Recuperado de https://www.iisd.org/sites/default/files/publications/regional_food_trade_asean.pdf
- Dirección General de Relaciones Económicas Internacionales. (2018). *Acuerdos comerciales*. Recuperado de <https://www.direcon.gob.cl/modulo-de-acuerdos-comerciales/>
- FAS. (2014). Southeast Asia: A Fast Growing Market for U.S. Agricultural Products. International Agricultural Trade Reports, United States Department of Agriculture. Recuperado de <https://www.fas.usda.gov/data/southeast-asia-fast-growing-market-us-agricultural-products>
- Furche, C. (2011). Balance de la Política Comercial: Impacto y lineamientos para una nueva agenda. Working papers ICSO-UDP. Santiago, Chile: Universidad Diego Portales.

- Ministry of Foreign Affairs of the PRC. (2016). China's Policy Paper on Latin America and the Caribbean. Recuperado de https://www.fmprc.gov.cn/mfa_eng/zxxx_662805/t1418254.shtml
- OCDE, CEPAL, CAF. (2015). Perspectivas económicas de América Latina 2016: Hacia una nueva asociación con China. Paris: OECD Publishing. Recuperado de http://scioteca.caf.com/bitstream/handle/123456789/871/E-Book_LEO2016_SP.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Rosales, O. & Kuwayama, M. (2012). China y América Latina y el Caribe Hacia una relación económica y comercial estratégica. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Tokatlián, J.G. (2009). Incertidumbres y encrucijadas para la política exterior de Argentina. Notas sobre el escenario internacional y la dinámica regional. *Fundación Friedrich Ebert*. Recuperado de <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/argentinien/07561.pdf>
- Zelicovich, J. (2012). La dimensión doméstica de la política exterior argentina en las negociaciones multilaterales de comercio de la Ronda de Doha. *Red Latinoamericana de Política Comercial*, working paper N° 145. Recuperado de <http://www19.iadb.org/intal/intalcdi/PE/2012>

Ponencias

- Slipak, A. (2012). Un análisis de las consecuencias socio-económicas para la Argentina de sus relaciones con China. Las contradicciones del modelo y la reprimarización de la economía. *La crisis global como crisis del pensamiento económico*, simposio llevado a cabo en las V Jornadas de Economía Crítica, Buenos Aires, Argentina.

Artículos periodísticos

- Paradiso, J. (20 de febrero de 2002). Política exterior: nuevo modelo. *Clarín*. Recuperado de https://www.clarin.com/opinion/politica-exterior-nuevo-modelo_0_Sy3WITS10Ke.html